

CLASE DADA EN LA CÁTEDRA INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA (UNNE) POR
PEDIDO DEL PROFESOR A CARGO – 7 de julio del 2015 -

Origen histórico de la discriminación.

La Conciencia Mítica.

Vamos a remontarnos a aquella lejana época de nuestros primeros ancestros, de los mal llamados hombres de las cavernas, puesto que los más lejanos antepasados, de los cuales desciende toda la humanidad, habitaron primero las praderas. Las cavernas estaban ocupadas por las grandes bestias. Recién cuando se descubrió el fuego, los humanos pudieron utilizarlo para espantar a las fieras y entibiar las frías cavernas. Aquellos primitivos habitantes de la tierra -primitivos en sentido de "primeros" y no en sentido peyorativo de "inferiores"- no se orientaban en el mundo por la Razón, que despunta mucho más tarde en la cultura griega, sino por el Mythos.

¿Qué sentido tiene que nos preocupemos por algo que tuvo vigencia hace tantísimos años?

Aunque parezca un tanto extraño a primera vista, nosotros, habitantes del evolucionado siglo XXI, conservamos muchos rasgos de ese pasado ancestral.

La conciencia mítica es por supuesto la conciencia que se rige por el Mythos (en adelante para hacer más fácil la lectura usaremos la palabra castellanizada "mito").

¿Y qué es el mito? La palabra mito puede plantearnos un pequeño problema, porque el sentido que aquí le damos no es el que se le da habitualmente. Entonces comencemos por ver qué se entiende generalmente por mito, para poder descartarlo.

En general cuando se habla de mito se lo asocia o bien con leyenda, con narración, cuyos personajes son dioses, semi-dioses, héroes. El ejemplo más acabado de esta interpretación es la mitología griega. O bien se habla por ejemplo, del mito de Gardel, de Eva Perón, del Che, de los Beatles... es decir, figuras que han impactado el imaginario popular y a los que se trata de imitar.

En realidad el mito considerado como cuento, relato, etc., es sólo un producto posterior y fosilizado del mito originario. ¿Por qué posterior? Porque surge mucho más tarde. ¿Por qué fosilizado? Porque es algo estático, como muerto, en oposición al mito originario que es vital, dinámico. Dice Mircea Eliade refiriéndose a esto: todas las definiciones que tanto los teólogos como los filósofos han dado del mito, aunque sean diferentes entre sí, tienen de común el hecho de basarse en el análisis de la mitología griega. Y ésta no es evidentemente una elección satisfactoria, porque si bien es cierto que en Grecia el mito inspiró y guió la poesía épica, también es cierto que Grecia "desmitologizó" el mito, es decir, convirtió en ficción lo que antes denotaba lo real, lo verdadero¹.

Bien, ya sabemos lo que no es el mito, pero todavía no hemos dicho lo que es. Trataremos de explicarlo dando algunos rodeos. Comencemos por decir que el mito es la fuerza que rige la conciencia del hombre primitivo, así como el logos regirá más adelante la conciencia del hombre más próximo a nuestros días. La conciencia mítica es propia entonces del hombre primitivo pero teniendo mucho cuidado de tomar esta palabra no en sentido peyorativo sino como ubicación cronológica. Es importante destacar que la conciencia mítica es distinta de la conciencia racional, pero de ninguna manera inferior a ella. Es una distinta manera de orientarse en el mundo, es la forma más espontánea y original de ser-en-el-mundo.

¹ Mircea Eliade: *La Búsqueda*. Bs. As., Megápolis, 1971. Cfr. Cap. II

Para empezar a comprenderla comparemos al hombre con el animal.

El Hombre Primitivo y El Animal No Domesticado:

El animal está totalmente inmerso en el medio. Es como si hubiera una absoluta identidad entre animal y medio.

Está protegido por una fuerza ancestral que domina todos sus actos y le indica qué debe hacer y cuándo debe hacerlo: es el instinto. El animal nunca está en falta, no se siente culpable. Simplemente hace lo que el instinto le dicta. El tiempo se reduce para él al HOY².

Con la aparición del hombre (y conste que la palabra aparición hay que tomarla con cuidado pues ya hemos visto que nada aparece de repente sino que se va gestando lenta y progresivamente hasta que se hace visible) se produce una pequeña fisura entre él y el medio. Todavía no llega a ser una ruptura, es sólo una pequeña falla en la armonía que antes había entre el medio y el animal. Mientras el cerebro va evolucionando curiosamente el instinto se va debilitando. Es como si cediera su lugar de decisión a otra fuerza.

Al mismo tiempo, en el HOY indiferenciado del animal, donde se confundían el Ayer, el Hoy y el Mañana, se va perfilando con nitidez el MAÑANA. El mañana es el futuro. ¿Sabemos qué nos pasará en el futuro? No. Y lo que no sabemos nos asusta, lo desconocido siempre es atemorizante. Tenemos pues aquí a un ser, cuyo instinto se ha debilitado dejándolo desprotegido, que debe decidir qué hará mañana, tiene que elegir entre las posibilidades que la circunstancia le brinda, tiene que orientarse en el mundo en el cual vive; necesita restaurar la armonía que antes había con la naturaleza y recuperar la seguridad perdida. Justamente eso es lo que hace el mito. La conciencia mítica es, repetimos, la forma más originaria de ser-en-el-mundo. No es una Teoría sobre el mundo. No, es por el contrario una manera de vivenciar el mundo (y al decir mundo incluimos en él a los otros hombres, a sí mismo, a lo sagrado, ya que para la conciencia mítica aún no están demasiado diferenciadas estas realidades).

El Hombre Mítico y El Niño

Esta manera de vivenciar el mundo tiene bastante semejanza con la del niño pequeño. Es decir que hay una especie de paralelismo entre la Historia de la Humanidad y la Historia de cada hombre. La niñez es al hombre adulto lo que la conciencia mítica es a la conciencia actual. Ni la niñez es inferior a la adultez ni la conciencia mítica es inferior a la conciencia actual, sino simplemente distintas. La conciencia mítica es Animista, Egocentrista (más bien deberíamos decir Nosotrocentristas como veremos luego) y Unitaria.

Es Animista porque dota de vida semejante a la propia a los objetos inanimados, le atribuye intenciones: "el rayo me persigue", "la montaña está enojada con nosotros", "esa fruta quiere que la coma".

Es Egocentrista porque allí donde él vive, allí está el centro del universo. Su mundo se reduce al mundo de su tribu, de su clan.

Es Unitaria porque no hace diferencia entre lo natural y lo sobrenatural, o entre lo sagrado y lo profano. Todo es sagrado. Las categorías "sagrado" y "profano" son propias del Logos, habituado a diferenciar y a clasificar. Todo esto que yo les estoy explicando de una manera tan simple y rápida ustedes lo pueden leer en detalle en los magníficos trabajos de Mircea Eliade (*"Lo Sagrado y lo Profano"*, *"El Mito del Eterno Retorno"*, *"La Búsqueda"*, *"Mitos,*

² En el animal domesticado o que ha estado en contacto más o menos prolongado con el hombre, se advierte la presencia del sentimiento de culpa. Se ha comprobado en los delfines, y lo podemos advertir fácilmente en nuestros animalitos domésticos cuando los retamos por haber hecho algo que no les estaba permitido.

Sueños y Misterios", entre otros) o en el hermoso librito de Gurdorf "*Mito metafísica*". Y si no se atreven a empezar con ellos porque el lenguaje les resulta un poco complicado, pueden tener una idea aproximada de cómo funcionaba la mentalidad del hombre primitivo leyendo "*El Clan del Oso Cavernario*", de Jean Auel.

En general, para poder entender acabadamente cómo funciona la conciencia mítica se eligen tres vivencias:

¿Cómo vivían el Espacio?

¿Cómo vivían el Tiempo?

¿Cómo vivían el Nosotros?

Cómo vivían el Espacio.

La vivencia del Espacio: Para el hombre contemporáneo espacio es casi sinónimo de infinito. Por ejemplo sabemos hoy que el Universo es infinito. No hay límites conocidos para nuestro espacio. Ahora bien, cuando hablamos de un espacio determinado, por ejemplo el que ocupa este salón de clases, el que ocupa mi casa, el espacio donde estoy escribiendo, sea el pizarrón o el papel, a este espacio determinado lo puedo medir y expresarlo en metros cuadrados, en hectáreas, en centímetros o en alguna otra magnitud.

Nada de eso ocurre con la manera que tiene el hombre primitivo de vivir su espacio: en primer lugar, no tiene noción de infinito. El espacio es lo próximo, lo conocido. Lo mismo pasa con el bebé para quien el mundo es lo que alcanza con sus ojos, con sus manos, y luego lo que puede recorrer con sus piernas. En segundo lugar, el espacio mítico no se mide, se valora. No importa cuán grande o pequeño sea, vale por su contenido. Es un espacio cualificado. George Gurdorf lo compara con un "claro desmontado en el bosque". Y además de poética es una imagen feliz porque sintetiza con bastante aproximación el sentido que le da el hombre mítico a su espacio. Retomemos la frase:



Esto es muy importante porque tiene una vigencia en nosotros que a veces no advertimos. Vayamos por parte entonces: el espacio conocido (el claro) es el COSMOS. Cosmos significa orden. Es lo seguro. Es el lugar donde vivimos NOSOTROS, es decir, es el espacio de la comunidad, llámese tribu o clan o familia. Este espacio es sagrado, es valioso. El hombre no puede alejarse de él ni siquiera con el pensamiento, pues no hay "otra parte" por lo menos para que se imagine viviendo en ella. Este arraigo del hombre en su paisaje conocido va a pasar después a los griegos, para quienes el Ostracismo (destierro) será una pena más grave que la muerte. Recuerden que cuando a Sócrates le permiten elegir entre la muerte y el destierro elige sin vacilar la primera. Fuera de su espacio conocido la vida carecería de sentido, de consistencia.

Ese espacio conocido, ese cosmos, es sagrado porque ha sido domesticado, ha sido tornado habitable mediante los Ritos.

¿Y qué son los Ritos? Son gestos, acciones o palabras que reproducen, que repiten, las acciones que en el comienzo de los tiempos realizaron los dioses o personajes fabulosos. Por eso se llevan a cabo siempre de la misma manera. No hay invención. Es sintomático que en la música por ejemplo predomine la mono-tonía. Me refiero a la música de la época más primitiva de que se tenga noticia, donde hay unos pocos

sonidos que se repiten constantemente. La repetición domina todos los aspectos de la vida mítica. No hay posibilidad de inventar nada nuevo, porque todo ya está hecho; lo único que cabe es repetirlo, re-producirlo. Pero esto no produce aburrimiento ni hastío. Es como el juego en el niño, que, aunque se repita muchas veces, siempre está cargado de emoción.

En general se entiende por domesticar, una acción que se ejerce sobre los animales – especialmente perros, caballos, en algunos casos gatos, y algunos otros- para amansarlos y enseñarles “buenos modales”. Por eso se los llama en general animales domésticos.

Pero en filosofía la palabra tiene otro sentido más profundo, y es el que encontramos en el libro *El Principito*, de Antoine de Saint Exupéry. Es la mejor explicación que encontré de lo que significa domesticar: entre los tantos personajes que el Principito encuentra al llegar a la Tierra, está un zorro. Y entre el niño y el zorro se entabla un diálogo. El zorro le pide: -¡Doméstícame!

Y el niño pregunta: -¿Qué significa domesticar? Y el zorro responde: -Crear lazos.

A continuación para que el Principito entienda lo que significa “crear lazos”, le dice más o menos esto: -Ahora tú eres para mí un muchachito igual a millones de muchachitos. No te necesito. Y tú tampoco me necesitas. Para ti yo soy sólo un zorro semejante a miles de otros zorros.

“Pero, si me domesticas... serás para mí único en el mundo. Seré para ti único en el mundo”

Acá se está hablando de domesticar = crear lazos entre dos seres. Cuando hablamos de que con los Ritos domestican el COSMOS, estamos diciendo que crean lazos con el lugar, con el Espacio que habitan. Y esos lazos son muy profundos.

Y por último nos queda el “bosque” de la imagen de Gusdorf. ¿Qué es el bosque? Es el espacio desconocido, lejano, desordenado, el CAOS. Por ser lejano y desconocido es atemorizante. En el COSMOS vivimos NOSOTROS. En el CAOS viven “LOS OTROS”, los que no son como nosotros, los monstruos que tienen la osadía de no ser como nosotros.

El Cosmos Es Sagrado

Volvamos al Cosmos, al espacio próximo, conocido, donde vivimos Nosotros. Todo ese espacio es sagrado, pero no de manera homogénea, es decir, hay lugares donde lo sagrado se manifiesta con mayor fuerza. Esos lugares se llaman “centros”.

Un centro es por ejemplo la morada. La morada no es simple y llanamente sinónimo de la casa, un conjunto de paredes y techo, sino que más bien tiene el sentido de “hogar”. No es fácil cambiar de morada porque eso significa empezar a vivir de nuevo. Es difícil. Exige domesticar el nuevo espacio y para ello habrá que ejecutar una serie de ritos que hagan habitable el lugar. En nosotros hoy quedan vestigios de esta actitud: los encontramos por ejemplo en los inundados, que pasada la inundación retornan al mismo lugar: en los desalojados que se resisten a dejar su rancho por una vivienda igual o mejor en otro sitio. Los ritos de domesticación tienen su equivalencia en las fiestas de inauguración de casas o negocios.

“- Los Naranjitos Que Yo Planté...- ”

Cada vez que explico este tema me acuerdo de una situación que vivimos en Resistencia hace ya unos cuantos años cuando por razones de reordenamiento urbano hubo que desalojar a unas veinte familias de villeros. Me pidieron que los acompañara ante el funcionario encargado de la cuestión. Fuimos. Nos atendió un grupo de personas importantes, entre las cuales estaba el profesional que había elaborado sobre su tablero de dibujo, con prolijos cálculos, el proyecto de urbanización. Realmente el proyecto era muy lindo, el único inconveniente que tenía era que implicaba el cambio de lugar de estas veinte familias. Y aquí viene lo que les quiero contar: de un lado del

escritorio estaban las personas importantes, entre ellas el profesional con planos y papeles en mano. Del otro lado estábamos nosotros. Se entabló una especie de diálogo de sordos entre ambas partes. Todos muy correctos, todos buscando soluciones, pero se hablaban dos lenguajes diferentes: los funcionarios explicaban con argumentos coherentes, con datos, cifras, razones, las bondades del plan de erradicación. Los villeros defendían su lugar, se negaban a trasladarse. Hasta que interviene en la discusión una viejita, que hasta entonces se había mantenido tímidamente callada:

"- Señor, usted ha de tener razón... usted sabe mucho... pero yo no puedo irme... allí en mi terrenito están los naranjitos que yo planté, mis críos nacieron ahí, yo arañé la tierra para hacer mi huertita... -".

Claro, ¿qué argumento racional podrían dar ustedes para rebatir esta defensa profundamente vivencial? El arquitecto se quedó mirándola y no dijo nada. Es que no había nada que se pudiera decir. Todos estábamos medio emocionados porque lo que había planteado la viejita con sus palabras tan, pero tan simples, es esa forma de sentir, de pensar, de vivir, que yo estoy tratando de explicarles y que es la vivencia del espacio como algo cualificado, algo que vale no por lo que mide o lo que cuesta en pesos, sino por la vida que contiene. En ese terrenito donde había plantado los naranjos estaba toda la vida de esta mujer. No era un espacio cualquiera de equis metros cuadrados. Dejarlo significaba empezar de nuevo a luchar. Y lo mismo se da en los inundados que vuelven. No es por capricho, o por que sean ignorantes, o por vaya a saber que otra razón lógica que queramos encontrar. Es porque allí está su espacio, allí está su vida...

Aunque parezca un poco reiterativo, lo vuelvo a decir: Si tuviéramos que resumir en una palabra o en una característica qué es lo propio del espacio para nuestros más remotos antepasados diríamos que su valor está dado no por la extensión o por el precio, sino por el contenido. Entonces nos preguntamos: ¿existe en nosotros, aquí y ahora, la vivencia del espacio cualificado o ha desaparecido por completo?

Creo que es evidente que sigue teniendo vigencia. Tenemos ejemplos a montones: el hogar, la región, la patria, la habitación preferida de la casa, un paisaje donde me sentí en paz. Una carta de alguien muy querido no es un papel de equis centímetros cuadrados, sino que está cargada de significación, es valiosa para mí, como es valioso para el artista el papel donde está escribiendo la melodía que lo obsesiona, o para el novelista el manuscrito de la novela donde cobran vida sus personajes, o para el pintor la tela en la que de alguna manera está proyectado gran parte de su ser.

¿Qué pasa hoy? ¿Ya no tenemos la actitud cerrada que enfrenta a NOSOTROS (los que vivimos en el COSMOS), con LOS OTROS (los que viven en el CAOS)?

¿Qué nos pasa cuando conocemos a alguien extraño, que no piensa, ni siente, ni se viste como nosotros? No sé cuál será la respuesta de ustedes, pero piénsenlo por favor, y mientras lo piensan, yo les doy la respuesta que les hubiera dado don Ortega y Gasset³ Cuando advierto que el otro no es idéntico a mí, que su vida no es intercambiable con la mía, empiezo a verlo como el monstruo que tiene la insolencia de ser distinto de mí. Insolencia de ser distinto. Me parecen tan gráficas las palabras de Ortega. ¿Acaso no rechazamos nosotros lo distinto, no le ponemos una etiquetita a todo aquél que no piensa como nosotros, no rechazamos todo lo que puede inquietar nuestro cosmos ordenado? No se advierten muchas diferencias entre el hombre que vivía en las cuevas prehistóricas y el del siglo XXI.

³ Ortega y Gasset, José: Cfr. el prólogo a la "Historia de la Filosofía", de Brehier, cuando habla de las etapas en la comprensión del otro. Bs. As., Sudamericana.

¿Cuáles son algunas de las razones o causas por las cuales los rechazamos?

Anoto algunas, ustedes tal vez puedan agregar otras:

- por el color de la piel,
- por su clase social,
- por su religión o su raza,
- por ser homosexuales,
- por pensar distinto,
- por ocupar distintos roles.
- Por sus convicciones políticas o religiosas.

.....

Este dato que nos aporta la ciencia, que la actitud discriminativa, el rechazo hacia el Otro diferente, es una pesada herencia que nos legaron nuestros antepasados más lejanos, **no quiere decir, que tengamos que conformarnos con ser así.**

Esta actitud se puede y se debe modificar. Tenemos que des-aprender el rechazo hacia el diferente y aprender a respetarlo. No es fácil, pero es imprescindible si queremos aspirar a construirnos como personas, es decir, como seres humanos plenos.

La vivencia del Tiempo

Actualmente sabemos que si bien, como lo hemos dicho en páginas anteriores, el tiempo se percibe subjetivamente, es posible medirlo en forma objetiva. Lo medimos en años, meses, días. Incluso en más y en menos: lustros, décadas, siglos, milenios, etc. por una parte, y minutos, segundos, décimas de segundo u otras medidas infinitamente más pequeñas por la otra. Entonces quiere decir que el tiempo es algo cuantificable en tanto se puede medir y registrar con una cantidad (dos años, tres milenios, una décima de segundo...).

Es homogéneo además, porque para el calendario o para el reloj todos los momentos son absolutamente iguales.

Así vivimos ahora el tiempo, como un tiempo cronológico, por lo menos en la mayoría de nuestros momentos. Nada más distinto a la vivencia que tenían los míticos. Al igual que el espacio, el tiempo era vivido como cualificado, es decir, lleno de contenido. No todos los momentos estaban igualmente cargados de significación sino que había algunos más importantes que otros. Una cosa importante para recordar es que todavía no había noción del tiempo personal, sino que se trataba del Gran Tiempo de la Comunidad.

El Mito Del Eterno Presente

Al principio, muy al comienzo de la humanidad, el tiempo es vivido como un eterno presente. Esto quiere decir que no hay conciencia del transcurrir. Igual que en el animal y en el niño pequeño el ayer, el hoy, el mañana se funden en el tiempo presente, es decir, todo lo que de alguna manera impacta o impresiona agradable o desagradablemente es HOY.

El Mañana y La Repetición

Esta primera etapa en la cual es vivido el tiempo como un eterno presente dura muy poco. Pronto el hombre advierte por ejemplo que las hojas de los árboles están verdes, más tarde se ponen amarillas y finalmente caen; que los animales nacen, crecen, es decir cambian de tamaño, mueren y desaparecen; que el hombre mismo hoy es niño y mañana ya no lo es; que hoy están y mañana ya no se los ve. En definitiva, advierte que todo cambia. El cambio atemoriza, pues implica entrar en lo desconocido. Pero no, "- no nos asustemos -susurra la conciencia mítica protectora- es cierto que las cosas cambian, pero no ocurre nada nuevo". La novedad no existe. El tiempo es sólo un

eterno repetirse de lo mismo una y otra vez. Esta segunda etapa en la vivencia del tiempo, que es la que pasará a los griegos y se infiltrará en el cristianismo, es la del tiempo vivido como un eterno retorno. Las acciones humanas no son más que la repetición de un arquetipo que fue realizado en el comienzo de los tiempos. Esto es muy importante porque es una vivencia que no ha desaparecido en la actualidad como veremos en seguida.

Repetición no es igual a Tedio Vital

Quiere decir entonces que para el hombre mítico el mundo está ya hecho; nada nuevo puede ocurrir, nada nuevo puede inventarse o descubrirse. Todo cuanto ocurra será una repetición de algo que sucedió en los orígenes del Tiempo. Es importante destacar sin embargo, que esa actitud o esa manera de vivenciar el tiempo nada tiene que ver con algunos ejemplos de nuestra sociedad actual:

- el del hombre hastiado y aburrido de nuestros días para quien "nada nuevo hay bajo el sol", que padece lo que Victor Frankl diagnostica como "tedio vital";
- el del científico, que cree firmemente que la ciencia y la técnica han sometido totalmente a la naturaleza y que ya no quedan milagros por descubrir o explicar;
- el de la señora burguesa que no encuentra sentido a su vida y trata de llenar el vacío existencial con el aturdimiento del ruido, el placer o el consumo.

Todos ellos viven en un tiempo donde el milagro del nacimiento de una flor, de la gestación de un animalito o de un bebé, del descubrimiento del amor, de la belleza de un paisaje, de la plenitud de una melodía, y la consiguiente admiración que todo ello despierta, no tiene cabida. Nada que ver este tedio vital con la actitud reverente del hombre mítico, que si bien cree que nada nuevo va a ocurrir (posiblemente como un recurso defensivo para evitar el miedo), vive en perpetuo asombro, saborea la admiración. Es un mundo donde el milagro se halla en todas partes; es un mundo mágico donde no cabe el hastío. No puede comenzar nada nuevo, pero todo está siempre por comenzar. (Lo mismo que pasa con el juego: el mismo juego se repite innumerables veces pero la emoción no desaparece).

Mucho más adelante, con el pueblo hebreo, surgirá otra manera de vivenciar el tiempo, que es la llamada del Tiempo Histórico o Lineal, donde aparecerá la idea de que el tiempo aporta novedad y crecimiento.

La vivencia del Nosotros

¿Cuándo usamos la palabra "nosotros"?

Decimos por ejemplo:

"nosotros vivimos en la planta baja" (la familia)

"nosotros estamos hartos de estudiar filosofía" (la clase)

"nosotros queremos recuperar las Malvinas" (los argentinos)

Es decir que "nosotros" indica a un grupo determinado unido por lazos de distinta índole (biológicos, intelectuales, de nacionalidad, etc., etc.) Ahora bien, algunos de sus miembros tomado solo, ¿tiene conciencia de que él es un ser individual distinto, aparte, que integra un grupo que sin él puede seguir viviendo aunque a veces la separación resulte dolorosa? Por supuesto que sí e incluso puede caer en el extremo opuesto que es el aislamiento.

Esto es imposible para el hombre mítico porque él no concibe su existencia separada de la del grupo. Todavía no tiene conciencia de su Yo. Es como si él y el grupo (tribu, clan) formaran una unidad tan indivisible como la que forma la madre con el feto que lleva en sus entrañas. Madre-hijo forman un nosotros indisoluble. Es más o menos lo que pasa con el hombre mítico y su grupo. No puede siquiera imaginar su vida fuera del nosotros. Y ese nosotros vive en el Cosmos, en el espacio conocido, ordenado,

domesticado. Los únicos que están fuera de él son los Otros, los desconocidos, los que viven en el Caos.

En el Siglo XXI Somos Míticos

Lo somos porque perviven en nosotros muchos de los rasgos que hemos descrito, algunos excelentes y otros no tanto. Repasemos rápidamente cuáles son:

- se mantiene por ejemplo la vivencia cualificada del espacio y del tiempo, por lo menos en algunos pasajes de nuestra vida;
- Siguen teniendo vigencia los ritos para domesticar el nuevo espacio (bendición de local, fiesta de inauguración);
- como veremos enseguida, se mantiene el enfrentamiento con los "Otros", los que son diferentes de "Nosotros";
- Sigue funcionando, por lo menos en algunos niveles de conciencia, el temor al cambio, la ansiedad por aferrarse a lo conocido.

No Somos Tan Míticos (Qué lástima...)

Hemos perdido en cambio otras vivencias que eran muy ricas y profundas en el hombre de aquellos tiempos, y que tal vez convenga revitalizar. Por ejemplo:

- el sentido de comunidad: lo que le pasaba a un miembro del grupo afectaba a todos. Hoy nos dejamos envolver muy a menudo por el individualismo;
- el sentido de lo sagrado: Toda la Vida, todo el Cosmos, (lo que equivale a decir todo lo conocido) eran sagrados. Hoy lo sagrado parece haberse reducido a determinadas acciones y lugares (el Templo, la Misa);
- el sentido de los ritos: eran acciones que expresaban algo muy profundo y por lo tanto estaban llenas de significación. Hoy a menudo son sólo gestos exteriores.

Martha Bardaro